

«PRIMER CAPITULO»

AYER murió la quincallera. La vieja amiga no llegó a recontar sus men-
drugos esta mañana. Ni prestó su figura un rasgo sincrónico al charol de
las siete y media, en la calle, cuando despiertan las campanas.

Hoy amaneció, pues, otra casa abandonada, un rincón de trapos en cu-
yo umbral más de un chico aprenderá a fumar. A partir de ahora, los rayos
más generosos del sol no acariciarán las arrugas de la anciana. Darán contra
la puerta de madera en su cristal sucio y roto.

De ahora en adelante, no habrá para Luis una amiga en la ciudad, mo-
tivo suficiente para andar tantos kilómetros. ¿Quién les dirá a los vivaces y
pequeños ojos de Luis, que murió la pobre? Y, sobre todo, ¿quién se atreverá
a decirles cómo, de qué brutal forma, dio un quebrado suspiro, el último
que nadie viera?

El monaguillo que acompaña a don Pedro es Demetrio, el hijo de la
Juana, que sirve en la parroquia desde muy pequeño. Será el tercer o
cuarto entierro que ve desde sus rojas y blancas vestimentas de acólito. Siem-
pre le impresionan. En el fondo piensa que no hay muerto. Que el cadáver
mira. Y su imaginación pone, a la boca grisácea del que en paz descansa, las
palabras que según él estará diciendo, mientras el cura le moja, sin pensarlo,
con el bisopo.

¿Qué dirá desde su nube ahora la quincallera? Le gusta a Demetrio esa
palabra. Y recuerda haberla oído de boca de la difunta, tantas veces: "¡Quin-
calleraaa!".



Luis será el que diga, cuando se entere de la muerte de la pobre vieja. Luis diría ahora que la entierran.

En el semáforo hay una papelera desconchada. Y hay basura desde allí hasta la puerta de esa tasca en la que ahora pone "bar" desde que el barrio es ciudad, gracias al tranvía.

Y en la puerta metálica del establecimiento un papel explica que está cerrado por muerte de una prima del dueño.

Es que un día le dijo el dueño a la vieja: —Prima, véngase mañana a comer.— Al día siguiente, la anciana les trajo, además de su presencia, unos detalles de cobre para los niños y dulces para todos. Todos la miraron quedamente y, en vez de ponerse sentimentales, Isaías, el dueño, terció con un "sientate prima", que coaguló la emoción en cuanto a sorpresa, e introdujo definitivamente en la familia a la andrajosa invitada: desde entonces prima.

Isaías está muy serio en el funeral. La mujer y los niños, que también han ido, son de los que lo entienden. Otros de los que lo entienden es Román, el del kiosko. Román era uno de los habituales interlocutores de Antonia la Quincallera. Le dejaba de vez en cuando más de una fotonovela a bajo precio. Ella le contaba —él no sabe si a cambio—, alguna extrañeza de Luis, el viejo poeta, que mendigaba de ciudad en ciudad y que de vez en cuando andaba mucho para ir a verla.

Hay un misterio en torno a Luis y a la quincallería. Un misterio que Demetrio no conoce ni le importa. Eso piensa el primer muchacho que se sienta en el quicio de la puerta de la quincallería antigua, y hoy desierta, para encender un cigarrillo.

Un arcano entretejido de silencios entre dos seres que unió un barrer de la vieja a las seis de la mañana, y un perder el tren —¿cuál de los trenes?—, de Luis, el viejo poeta. Primero una pregunta, y luego un mal café, compartido entre sonrisas sin dentadura y palabras sin final.

